

sioso por uno y otro lado. Me pareció que quería detenernos..... Era tarde; mi suerte estaba echada.»

Aquí encontró Miguel interrumpido el manuscrito, y con mano trémula volvió la hoja y con ojos desencajados continuó leyendo de esta manera:

«El Duque, Marta y yo nos encontramos instaladas en una preciosa casa en los Campos Elíseos; es un pequeño palacio, en el que todo respira comodidad y lujo. Mis habitaciones tienen salida á una terraza ceñida por una balaustrada de piedra, donde tengo mis flores y mis pájaros en elegantes jarrones y en jaulas doradas. Hablo ya en frances como si hubiera nacido en París.

»¡Oh! mi vida es muy envidiable, yo misma me la envidio. Empieza la primavera y los árboles del jardín se rejuvenecen cubriéndose de hojas; mis flores se abren tímidamente y mis pájaros cantan con loca alegría.

»¿Soy dichosa? Veamos.

»Por las mañanas me viste mi doncella; Mari es una buena muchacha, que me viste admirablemente, adivina mis gustos y comprende mis caprichos. Es una doncella de verdadero mérito. Mi primera visita es á la terraza. Despues me siento delante del piano. Otras mañanas prefiero la pintura á la música, y salen de mi pincel los más caprichosos paisajes. Mis maestros se admiran de los progresos que hago en la pintura y en la música.

»Marta viene á buscarme para conducirme al comedor; allí está el Duque, que me saluda cariñosamente, emprendemos una conversacion cualquiera y almorzamos. La señora de Beauvilliers posee un excelente apetito y es ademas muy habladora, de manera que suele verse apurada para comer sin interrumpirse; esto nos hace reir. Despues del almuerzo, ya se sabe, damos una vuelta por el jardín. Hay un estanque y los peces me entretienen mucho. Acuden á mi voz, formando delante de mí una nube de todos colores, que brilla bajo las ondas azules del agua; les echo migas de pan, y es claro, saltan de alegría.

»El Duque nos deja pronto. Parece que teme molestarme. Todavía no ha entrado una vez siquiera en mi cuarto. Por supuesto, yo no le digo nada; vivimos como dos hermanos.

»Por la tarde salgo en carretela con Marta ó á caballo con el Duque, y la noche la pasamos en el teatro de la ópera ó en el teatro frances; Marta y yo, porque no siempre el Duque nos acompaña.

»Vuelvo á preguntarme. ¿Soy dichosa?

»En el teatro todos los gemelos se dirigen á mi palco. He podido observar que algunos caprichos de mi tocado se convierten en moda. Marta dice que hago *furor*. En paseo me siguen con empeño los más atrevidos, disputándose mis miradas y solicitando mis saludos. Alguna vez me envanecen estos triunfos, otras veces me fastidian, y siempre los rehuso.

»Pero la situación en que me hallo no puede prolongarse mucho tiempo; el Duque se ha encerrado en una delicadeza impenetrable. ¿Qué hago?..... Es preciso tomar una resolución. Yo tengo un proyecto; verémos.

Dejo la pluma, y Dios sabe cómo continuaré estos apuntes de mi vida.

Se hallaba el manuscrito interrumpido de nuevo, y luégo proseguía:

«¡Dios mio, voy á ser Duquesa!

»No era posible permanecer más tiempo en posición tan equívoca. El delicado respeto y la fina reserva con que el Duque me trata desde que me prometió ser mi amigo, mi padre y mi hermano, me obligan á mí á no abusar por más tiempo de su generosidad; mi misma gratitud me impone el deber de ser á mi vez delicada y generosa. ¿Qué soy yo en esta casa? ¿Con qué títulos poseo el fausto que me rodea? Es preciso poner término á mi indecisión y romper la red que me aprisiona.

»Así discurría yo, reclinada en el diván suntuoso que da vueltas al rededor de las aterciopeladas paredes de mi cuarto. Cerré los ojos para evadirme de las tentaciones del lujo que me rodeaba, buscando en la oscuridad un rayo de luz que me guiara.

»No sé el tiempo que permanecí de esta manera, pero sentí junto á mí algo que me hizo estremecer, y abrí los ojos.

»El Duque, doblada una rodilla sobre la alfombra y tendiendo sus manos suplicantes hácia las mias, se hallaba delante de mí contemplándome absorto.

»— ¿Qué haceis? exclamé incorporándome.

»—Lo que ves, me contestó permaneciendo inmóvil.

»—No os comprendo, le dije.

»—Óyeme, replicó con dulce tristeza. Por primera vez, desde que salimos de Madrid, me he atrevido á penetrar en el santuario de tu cuarto. Ahora he querido verte, porque tenía necesidad de hablarte, y he llegado hasta aquí ansioso é indeciso; te he visto dormida y me he acercado á tí para adorarte.

»—Me alegro, dije yo, intentando sonreirme, porque yo también deseaba veros.

»—Habla, exclamó tomando una de mis manos.

»—Sentaos, añadí yo retirándola.

»Cogió una silla y se sentó junto á mí, muy cerca, demasiado cerca.

»—¿Qué queréis de mí? le pregunté.

»—Tu amor, me contestó; la delicia de tu amor.

»Yo suspiré, bajé los ojos, y dos lágrimas cayeron de mis párpados. No sé por qué lloraba.

»Entónces él asió mis manos y me atrajo hácia sí tanto, que sentí su respiracion casi en mis labios.

»No puedo explicar lo que pasó por mi corazón. Creo que horrorosamente oprimido lanzó hácia mi rostro toda la sangre que contenía, pues yo sentí en mis mejillas un fuego abrasador. Me sacudí con violencia, me desasí de sus manos y grité:

»—Nunca, nunca.

»Sin detenerme salté sobre la puerta que abría paso á la terraza con tal ímpetu, que mi cabeza chocó fuertemente con los cristales, rompiéndolos. A pesar del aturdimiento que este golpe me produjo, abrí y me lancé á la terraza; llegué á la balaustrada y allí me detuve. El Duque, pálido, azorado, ve-

nía detras de mí. Al verlo me así con todas mis fuerzas al pasamano de la balaustrada, y le grité:

»—Si os acercais me tiro de cabeza.

»Mi voz ahogada y mi ademan desesperado detuvieron al Duque, que cruzando los brazos, me dijo con acento conmovido:

»—Magdalena, eres injusta.

»Volvióse hácia la puerta y llamó á Marta, que acudió presurosa, y acercándose á mí exclamó:

»—¡Ah, señor Duque, está herida!

»Con el golpe que dí contra los cristales me habia herido ligeramente en la cabeza sobre la sien, y una gota de sangre rodaba por mi mejilla.

»Me entraron en mi cuarto; el Duque cortó un rizo de mis cabellos para descubrir la herida, y rodeó á mi cabeza su pañuelo. Despues se retiró diciéndome:

»—Tranquilízate; no volveré á enojarte con mi presencia; pero dentro de ocho dias comprenderás adónde llega la ciega pasion que por tí siento.

»Hoy hace justamente ocho dias que no

salgo de mi cuarto. Marta no se ha separado de mí ni un instante; al Duque no he vuelto á verlo.

»Esta mañana entró Mari y me dijo:

»—El señor Duque desea ver á la señorita.

»—Que pase, le contesté.

»Entró el Duque, puso sobre mi tocador un rollo de papeles, y me preguntó:

»—¿Qué deseas?

»—Deseo, caballero, le dije, salir de vuestra casa, pues no debo continuar más tiempo en ella.

»—Bien, añadió; pero ántes dime: ¿me aborreces?

»—No, le contesté.

»—¿Quieres ser Duquesa? volvió á preguntarme.

»—No supe qué responder. Entónces puso el rollo de papeles en mis manos y salió de la estancia.

»Por lo que pude entender, aquellos papeles contenian una escritura de esponsales; al pié estaba la firma del Duque.

»—Firmad, me dijo Marta, y firmé.»

Aquí hacia el manuscrito capítulo aparte, y Miguel dejó caer la cabeza sobre el pecho, como si la sintiera agobiada por un peso enorme. Al fin hizo un esfuerzo, volvió la hoja y siguió leyendo:

«Ya soy Duquesa. Anoche recibí la bendición nupcial; el notario formalizó nuestro contrato y un sacerdote recibió nuestros juramentos. Los testigos comieron con nosotros; fueron un general bastante brusco, un diplomático algo pretencioso y un lord inglés, vecino nuestro, soberanamente inalterable.

»Marta está loca de alegría y Mari llora como una tonta.

»¿Y yo? ¡Ah! yo estoy aturdida, no sé lo que me pasa. Pienso que soy Duquesa, que iré á Madrid y mi venganza será completa. ¡Oh! voy á brillar ante sus ojos, á deslumbrarlo, á enloquecerlo; voy á encender el infierno de la envidia y el rayo de los celos en el alma de esa mujer orgullosa que se ha puesto en mi camino, en mi humilde camino.

»Pienso esto despreciándome en el fondo

de mi corazón, porque yo he engañado al Duque; no lo amo, no puedo amarlo. ¡Dios mio, esto es infame!»

Notó aquí Miguel que continuaba el manuscrito en letra más menuda y más encadenada, que los reflejos de la tinta eran más azules y que aparecía el papel sombreado por manchas que parecían huellas de lágrimas. Con ánsia indecible prosiguió leyendo.

«Abro de nuevo estas páginas despues de haber pasado el verano en Suiza y el invierno en Italia, y despues de haber estado á las puertas de la muerte; pero esta vida cruel no ha querido abandonarme.

»Haría poco más de un mes que era Duquesa, cuando una mañana me advirtió Marta que el Duque estaría ausente algunos dias. ¿A dónde ha ido? pregunté, y Marta, siempre tan habladora, se encogió de hombros. Me sorprendió, no la ausencia, sino que el Duque me la hubiera ocultado; pero tambien me encogí yo de hombros y no volví á hablar más del asunto.

»Al día siguiente entró Mari en mi cuarto algo azorada.

»—¿Qué ocurre? dije.

»—Ocurre, me contestó, que el caballero inglés que habita el palacio inmediato quiere veros.

»—¡Ah! exclamé yo, será Lord Walbrook, uno de los testigos de mi casamiento. Decidle que recibo.

»En efecto, era Lord Walbrook, que entró haciéndome una profunda reverencia. Le invité á sentarse, y se sentó diciendo :

»—Mientras no encuentro una muerte digna de mí, me he propuesto ir engañando la vida con el propósito de realizar una empresa extraordinaria. Imaginaos, señorita, que estoy empeñado en reunir una coleccion completa de los tipos de todas las especies de seres que pueblan la tierra. Por supuesto, una coleccion viva. Poseo ya varios ejemplares típicos de diferentes razas de cuadrúpedos; pero ahora me he fijado particularmente en la especie humana, y he adquirido un hermoso negro, un chino auténtico, un griego correcto como Apolo. Os vi en un momento ar-

tístico de primer orden, revestida con toda la majestad de la belleza trágica. Desde mi palacio pude admirar vuestro conjunto de estatua sobre la terraza de vuestro palacio. Saliais airada, tremenda, os lanzasteis sobre la balaustrada, y me pareció que os ibais á arrojar de cabeza. Yo tendí maquinalmente las manos para deteneros, temeroso de que os rompierais un brazo en la caída. Aunque la distancia es corta, no distinguía bien vuestras facciones, y con el auxilio de mis gemelos descubrí todas las perfecciones de que estais dotada, y os juro que sois un tipo admirable; yo no he visto jamas nada más bello, y desde entónces me propuse adquirirlos, porque sois un ejemplar digno de figurar á la cabeza de mi coleccion.

»Yo oí con asombro las palabras del inglés, supuse que su cabeza no estaba sana, y le contesté :

»—Caballero, ignoraba que tuviese mérito bastante para ser un objeto de museo, mas ya sabeis que he tenido la impremeditacion de casarme con el Duque; de modo que vuestra série de tipos va á quedar incompleta.

»—¡Oh! no, exclamó con una formalidad pasmosa. Para conseguirlo hablé seriamente con el Duque sobre este asunto, y pronto nos entendimos. Soy muy tenaz en mis pretensiones; no cedo nunca, tendré orgullo en poseeros, y ha llegado el momento de adquirirlos.

»—Milord, grité indignada á pesar mio. ¡Qué estais diciendo!

»—Nada de eso, me contestó; juzgais mal mis intenciones. No solicito vuestros favores. Lord Walbrook no ama, añadió sonriéndose, ni apetece ser amado; para mí no sois más que una obra de arte, una estatua viva, la Vénus de Médicis, la Vénus de Milo; más aún, el original asombroso de la misma Eva, que habla y respira; no encuentro en vos una mujer, sino un tipo, y en verdad, un tipo que no tiene precio. Suprimid mi coleccion, y me sois de todo punto indiferente. En mi palacio, que desde ahora es vuestro, encontraréis un hospedaje digno de vos. Serán satisfechos todos vuestros caprichos en todo aquello que no perjudiquen á vuestra belleza. Os veréis libre, independiente. Me comprometo á trataros como á una

hija. En fin, extenderémos una escritura en la forma que os parezca. Creo, pues, que mi proposicion os conviene. ¿Qué dificultad encontráis para negaros á ser la hija predilecta de mi coleccion? En el mundo no hallaréis un partido como el que yo os hago.

»Acabé de persuadirme de que el pobre Lord estaba loco, y por evadirme de sus pretensiones, aunque empezaban á hacerme gracia, le dije:

»—Hay una dificultad, Milord, una sola, y consiste en que no puedo disponer de mí sin licencia del Duque. Ved, añadí sonriéndome, si podeis obtener su permiso, y entonces hablaremos.

»—Sois muy juiciosa, me dijo, cosa singular en una mujer tan jóven y tan bella, y acepto tan razonable proposicion; pero ántes decidme: Si el Duque os concede su licencia absoluta, ¿podré contar con vos?

»—Sin duda, le contesté sonriéndome, aceptaré desde luego el partido que me ofrecéis.

»Entonces Lord Walbrook puso en mis manos una carta que sacó de su bolsillo. Era

para mí, y el sobre estaba escrito con letra del Duque. La abrí y la leí. Hé aquí lo que decía :

« Hermosa Magdalena : Jamas olvidaré la
 » felicidad que te debo; pero, ay, en el mun-
 » do todas las felicidades son pasajeras, y me
 » veo obligado á separarme de tí de esta ma-
 » nera por ahorrarme el dolor de una cruel
 » despedida. No he podido conseguir que me
 » ames, pero he debido á tu ambicion, bien
 » disculpable por cierto, lo que no pude con-
 » seguir de tu ternura; no te guardo, pues,
 » rencor ninguno. Tú sabes que tengo empe-
 » ñada mi palabra con una rica heredera, y
 » voy á cumplir el deber que este compro-
 » miso me impone. Tú, que has querido ser
 » Duquesa, comprenderás que no debo re-
 » chazar la mano que me ofrece trescientos
 » mil duros de renta. Mas no creas que te
 » abandono. Antes de decidirme á esta sepa-
 » racion he asegurado tu suerte. Lord Wal-
 » brook es un caballero inglés veinte veces
 » más rico que yo, y está empeñado en pro-
 » tegerte. Óyelo y acepta sus proposiciones,
 » que son muy originales, pero muy admisi-

» bles. Si incurrieras en el capricho de recha-
 » zarlas, escíbeme, porque estoy dispuesto á
 » partir contigo mi fortuna. Adios; perdó-
 » name esta locura, que te juro será la últi-
 » ma. Perdónamela, porque tú has sido la
 » causa de ella. »

» Al pié de estos renglones firmaba : « Ja-
 » vier. » Yo tuve fuerzas para leer hasta la fir-
 » ma. No comprendia bien el horroroso senti-
 » do de la carta, ó mejor dicho, no queria com-
 » prenderlo, y sentia arder mi frente al mismo
 » tiempo que se helaba la sangre en mis
 » venas.

» — ¡ Qué es esto ! grité aterrada.

» — Ya lo veis, me contestó Lord Wal-
 » brook, que sois libre.

» — ¡ Libre ! exclamé. ¡ Dios mio, no estoy
 » casada !

» — Señorita, me contestó, no debe sor-
 » prenderos. Vuestro casamiento ha sido una
 » ingeniosa estratagema, una comedia que ha
 » durado un mes; he ahí todo.

» No sé qué maldicion fué á salir de mi
 » boca, pero la voz se ahogó en mi garganta;
 » una nube de fuego pasó por mis ojos, cho-

caron entre sí mis rodillas en convulsion violenta, y caí sin sentido.

» Cuando recobré el conocimiento no acertaba á darme cuenta de nada, flotaban en mi imaginacion calenturienta vagos recuerdos y confusas sombras que oscurecian mi memoria; me creia sumergida en los horrores de un sueño, del cual no podia despertarme. Carecia de voluntad para moverme y sentia mi cuerpo dolorido y á la vez insensible. Hacia ya siete dias que me hallaba en cama, abrasada por una fiebre espantosa. Poco á poco se fué apaciguando el furor de la calentura, se fueron aclarando mis ojos, y comenzó á iluminarse tristemente mi pensamiento.

» A los catorce dias de enfermedad quise saber dónde me hallaba y abrí los ojos, y todo lo que me rodeaba me era desconocido. Me pareció oír un suspiro, y dirigí la vista hácia el punto en que habia sonado, y vi á Mari sentada á los piés de mi cama; quise pronunciar su nombre y no pude; una nube de lágrimas acudió á mis ojos y rompí en llorar, y lloré sin consuelo.

» Me hallaba en el palacio de Lord Walbrook, á donde fuí transportada el mismo dia que perdí el sentido; me visitaban los médicos más famosos por su ciencia, fuí asistida con exquisito esmero, y Mari no se separó ni un instante de la cabecera de mi cama. Ella me contó que Lord Walbrook se desesperaba al ver la gravedad de mi estado; siendo él tambien mi enfermero miéntras duró el peligro que me amenazaba.

» La convalecencia fué lenta y penosa. Habia caido en una debilidad extrema y en una tristeza profunda, y los médicos volvieron á temer por mi vida. Comprendieron que habian triunfado de la enfermedad del cuerpo, pero que se les resistia la enfermedad del alma, y apelaron al expediente de un viaje, conviniendo en que me convendria pasar en Suiza el verano, y el invierno en el mediodía de Italia. Lord Walbrook no perdonó medio para rodearme de todas las comodidades imaginables.

» En Suiza se convirtió mi áspera tristeza en dulce melancolía, en Italia se completó mi salud, y hemos vuelto á París.

»Escribo estos renglones en el primer aniversario, no sé qué nombre darle; quiero decir, que hoy hace un año que me creí Duquesa.»

Aquí los espacios con que el manuscrito aparecía interrumpido, marcando las distintas ocasiones en que había sido escrito, se hacían más frecuentes, continuando en esta forma:

«Lord Walbrook me considera como á una hija. A fuerza de atenciones, de cuidados y de respetos parece que quiere hacerme olvidar la parte que tomó en la traición del Duque, siendo testigo de mi casamiento.

»¿Dónde pasaré el verano? Lord Walbrook lo ha dejado á mi elección, y Mari me habla mucho de Suiza.

»Está decidido, pasaremos el verano en las costas del Océano, al pié del Pirineo. La idea de que voy á acercarme á España me conmueve de un modo indecible. Me atormenta el deseo de volver á Madrid, y vuel-

ven á despertarse en mi corazón sentimientos de venganza.

»Pasó el verano: la orilla del mar empieza á quedarse desierta, porque las familias, que han venido aquí buscando un refugio contra el calor, huyen como bandadas de golondrinas hácia las grandes ciudades.

»Será preciso abandonar esta playa. Yo voy alargando con mi silencio este nuevo viaje. Mari y yo pasamos las horas muertas contando las olas que vienen á besar nuestros piés. No me trato con nadie, huyo de la gente.

»Los primeros días de mi estancia aquí me oculté cuidadosamente, temerosa de encontrarme con el Duque. ¡Ah! no quiero volver á verlo.

»Mari le ha dicho á Lord Walbrook que yo deseo ir á España, y ha hecho comprar un palacio en Madrid. ¡Qué locura! ¿A qué voy yo? y sin embargo, quiero ir..... Mañana partimos.

»He advertido á Lord Walbrook que me llamo Herminia.

»Lo he visto en la Fuente Castellana al través de las cortinillas de mi berlina. Iba á caballo, pero no he visto ni á la Marquesa ni al Duque. He sentido un doloroso placer al verle; me ha parecido triste y está más pálido.

»Volveré todas las tardes. La berlina perfectamente cerrada me ocultará á sus ojos y yo podré verlo.

»¡La Marquesa! ¡Ah!..... verémos.

»Ha estado aquí con el embajador inglés. Lord Walbrook los esperaba. He espiado sus pasos, he oído su voz y lo he visto absorto delante de mi retrato.

»¡Dios eterno! ¿me habrá reconocido?

»No sé qué pensar de lo que me sucede. Él mismo ha salvado mi vida. Ha penetrado audazmente en mis habitaciones, y ha permanecido toda la noche oculto en mi mismo cuarto.

»No hay duda, mi recuerdo vive en su corazón, lleva mi imagen en el alma. ¡Oh, qué dichosa soy!

»Me cree Herminia, hija de Lord Walbrook, y adora en mí á Magdalena. Esto es magnífico. Que ignore siempre mi verdadero nombre. No quiero que me conozca, no quiero que me desprecie. Magdalena ha muerto, pero Herminia será su amiga, será su hermana. Velaré por su dicha como una madre. Sí, le hablaré de Magdalena todos los días.

»Dios mio, concededme la felicidad de este penoso sacrificio.

»Se obstina, y presiento una separación eterna. Dos veces he estado ya á punto de descubrirselo todo. Es un combate en el cual mis fuerzas se aniquilan. Mañana lo espero; debe venir, lo conozco muy bien, á darme la última batalla. La batalla campal.

»No puedo confesarle el amor que llevo en el alma sin descubrirle mi verdadero nombre, sin decirle: «yo soy Magdalena.» Ocultarle el secreto de mi vida sería una traición infame, y el secreto de mi vida nos separará para siempre.

»Herminia puede ser su amiga, su her-

mana. Magdalena no puede ser nada para él, ha muerto.

» Tal vez cierre los ojos á mi desdicha, y en un arranque de pasion generosa venga, despues de saber mi triste secreto, á ofrecerme de nuevo su corazon, su nombre y su mano; pero será inútil, yo no tengo inocencia que ofrecerle; he perdido la pureza, que santifica al amor, y jamas, jamas partiré con él mi ignominia. Lo rechazaría con violencia desesperada. Es imposible, imposible; mi amor no puede ya hacerlo dichoso.

» Los celos me cegaron, la ira encendió la venganza, la venganza despertó la ambicion, y la ambicion me ha perdido.

» ¿Es éste mi castigo? Pues bien, lo acepto.»

Así terminaba el manuscrito.

Al leer la última palabra, ocultó Miguel el rostro entre las manos, encorvándose sobre las rodillas, y permaneció inmóvil, como herido por un rayo.

CAPÍTULO VII.

Las dos rivales.

Dejamos á Herminia y á la Marquesa solas frente á frente; ambas pálidas. La Marquesa vestida de riguroso luto, que daba á su persona una expresion triste y resignada, realzando la palidez de sus mejillas y la blancura de su garganta. La hija de Lord Walbrook la miraba con irónica sonrisa, esperando que la noble señora pronunciára las primeras palabras, y ésta, por su parte, no atinaba, por lo visto, con la frase á propósito para romper tan embarazoso silencio.

Herminia, más impaciente, tomó la palabra, y hablando en español, dijo:

— Cualquiera que nos observára sospecharía que no tenemos nada que decirnos.